

PREAMBULO

El honor recibido de la Dirección General de Arquitectura, al encomendarme su representación oficial, con motivo de la "Exposición Iberoamericana de Arquitectura", me obliga a dar cuenta de la misión cumplida al rendir viaje. Este rendir de cuentas va a adoptar una forma que pudiera parecer impropia de la misión encomendada (por lo que más adelante se indica), pero es que la importancia técnica de tal solemnidad depende del punto de vista desde el que se enfoque; siendo, desde luego, para nosotros totalmente diferente de la que se atribuya desde el ángulo en que, lógicamente, ha de situarse el técnico nórdico, a quien han de impresionar notablemente nuestras arquitecturas, que, a más de las tres dimensiones usuales en todo volumen, manejamos una especie de cuarta dimensión (para ellos casi desconocida) que es la brillantez de luz y color que proporciona el sol.

La Exposición Iberoamericana de Arquitectura ha sido para nosotros, los españoles que la hemos recorrido, una manera de comprobar (una vez más) las intensidades, conocidas ya, en los vínculos que ligan a las arquitecturas tradicionales americanas con la nuestra; haciéndonos recordar, cada fotografía de un monumento americano, su origen y equivalencia en algún monumento nuestro, típico, perdido en un pueblo de Cádiz, Sevilla, Extremadura o en algún cortijo de la serranía de Ronda o de la vega de Granada.

Nos ha servido la Exposición para conocer la portentosa ciudad de Stokholm, al amparo de unas amabilidades difíciles de superar y puestas al servicio de nuestra curiosidad profesional, unas amabilidades ilimitadas que han tenido eco en todos los sectores y nos han abierto cuantas puertas hemos querido. Por ello creo que aquí puede interesar; más que una referencia de la Exposición Iberoamericana, otra que sea fiel reflejo de las impresiones recibidas al examinar detenidamente la arquitectura y el urbanismo en Stokholm.

Pero antes de entrar en el tema, yo debo expresar la respetuosa gratitud que debo a las atenciones inolvidables recibidas de S. A. R. el Príncipe Eugenio. También debo expresar un reconocimiento muy sincero a cuantas personalidades constituían el Comité de la Exposición, y en especial a su Presidente, el Barón de Wiberg; no atreviéndome a entrar en unas detalladas menciones personales porque se incurre, generalmente, en omisiones que, si siempre son de lamentar, en este caso tendrían para mí el dolor de parecer ingrato a las atenciones sin tasa que en todos los órdenes he recibido de las personas que me han honrado con su relación.